

pital con el pretexto de que lo cuidarían mejor. La verdad es que el pobre muchacho veía próximo su fin y no quería dar á su amigo el triste espectáculo de su muerte...»

\*  
\*  
\*

Eso es lo que me ha proporcionado la existencia. Durante mucho tiempo no vi en esa historia más que una de tantas tristezas ajenas que se cruzan con nuestras propias tristezas.

Había ocurrido todo demasiado cerca de mi mirada de novelista; el estudio humano se perdía en mi emoción personal.

Un día en Champrosay, sentado con Gustavo Droz en el tronco de un árbol cortado, en medio de la melancolía que hay en los bosques las tardes de otoño, le conté la miserable vida de Raúl, á pocos pasos del caserón de ladrillos encarnados, donde pasó muchas horas de enfermedad, de amargura y de abandono.

—¡Qué bonito asunto para un libro! me dijo Droz muy conmovido.

Desde aquel mismo día dejé á un lado el *Nabab*, que estaba haciendo, y empecé á seguir esa nueva pista con ese apresuramiento, esa fiebre, ese estremecimiento en las puntas de los dedos que me acomete siempre al principio y al final de mis libros. Comparando la historia de Raúl con la novela *Jack*, es fácil distinguir lo verdadero de lo inventado, ó por lo menos—porque yo invento poco—lo que he tomado de otra parte. Raúl no ha vivido en Indret ni ha sido fogonero. Sin embargo, me contó muchas veces que siendo aprendiz en el Havre, la proximidad del mar, el aura pasajera, llena de los cantares de los marineros, los martillazos del astillero donde carenaban, le daban ganas de embarcarse, de acompañar en una de sus excursiones alrededor del mundo á alguna de aquellas máquinas formidables que construía la casa Mazeline.

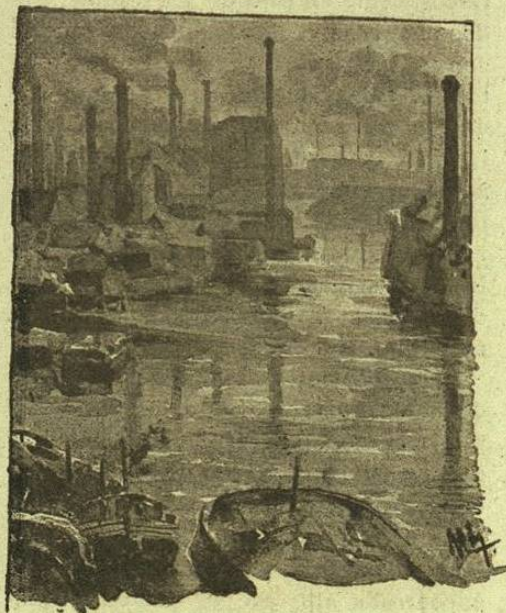
Todo el episodio de Indret es imaginario. Necesitaba yo un gran centro manufacturero donde se trabajase el hierro, y vacilaba entre Creuzot é Indret. Me decidí por éste á causa de su vida flu-

vial, el Loira y el puerto de Saint-Nazaire. Entonces hice un viaje y muchas excursiones durante el verano de 1874. Llevando allí á mi *Jack*, quise saber en qué atmósfera y con qué seres lo haría vivir. He pasado muchos ratos en la isla de Indret y he recorrido aquellos inmensos talleres á las horas de trabajo y en los momentos de descanso. He visto la casa de los Roudic, con su jardinillo; he remontado y bajado el Loira, desde Saint-Nazaire á Nantes, en una barca que cabeceaba y parecía tan borracha como el viejo remero que la tripulaba, el cual estaba asombrado de que no hubiese yo preferido tomar el ferrocarril del Bajo-Indret al vapor de Paimbœuf.

Y el puerto, los transatlánticos, los departamentos de las calderas, visitados detenidamente, me dieron las notas verdaderas de mi estudio.

En esas excursiones iba casi siempre acompañado de mi mujer y de mi chiquillo—entonces no tenía yo más que un hijo—mi monísimo niño, con alborotados tirabuzones, que paseaba por aquellos sitios su ingenuo asombro. Cuando la

expedición era demasiado incómoda, la madre y el niño me esperaban en una



posada de Pirinac, verdadera posada bretona, blanca y cuadrada como un dado, á orillas del inmenso Océano, con sus desahogados dormitorios, con sus rús-

ticas camas, con un armario empotrado en la pared y blanqueado con cal, la chimenea guarnecida de esponjas y de mariscos, como en casa de los Roudic, con dos pequeñas ventanas (que se cerraban con esa barra transversal que se usa en todo el país), una que caía á la inmensidad del mar, otra que daba vista á unos jardines, y desde la cual se distinguía además un pedazo de iglesia, y de cementerio lleno de cruces negras, apretadas y caídas al suelo, como si el balanceo de las olas vecinas y el viento del mar, sacudieran hasta las tumbas de aquel pueblo marítimo.

Debajo de nosotros estaba la sala, donde había bastante ruido los domingos por la tarde, en la cual cantaban aires antiguos del país, el eco de los cuales se encuentra en mi libro.

Algunas veces, cuando el sargento Mangin, que era todo un buen mozo, se encontraba allí—así, el sargento Mangin, porque no ha variado ni en nombre ni en grado—el posadero permitía que quitaran los bancos y que echasen un baile al *son de las bocas*, es decir, con

acompañamiento de música tarareada. Allí acudían, con sus mujeres, pescadores, marineros que eran amigos nuestros y que nos llevaban en sus lanchas á almorzar á la isla Dumet, ó bien mar adentro en cualquier roca. Sabían que el alta mar no asustaba ni á mi parisiencillo ni á su mamá; y uno de ellos, antiguo ballenero, nos decía que al ver siempre al señor, la señora y el niño viajando juntos, se le venían á la memoria—salvo el respeto debido,—tres cetáceos del mar del Norte que navegaban siempre en conserva: el padre, la madre y el ballenato.

En todas nuestras excursiones no se hablaba más que de *Jack*. De tal manera vivíamos con él, que hoy mismo, al pensar en aquel rincón de Bretaña, me parece que el pobre Raúl hizo el viaje con nosotros.

A mi regreso á París no empecé á trabajar en seguida. Faltaba á mis notas la vida del obrero parisiense. No sabía de ella más que lo que el vulgo cuenta de miserias, de borracheras, de batallas; pues ¿y la fábrica, la tienda de vinos, los

ventorrillos de las orillas del lago Saint-Mandé, donde fotografié la boda de Belisario, el polvo de los terreros de Chaumont, donde me he pasado tardes enteras los domingos, bebiendo cerveza fuerte y viendo remontar cometas á los chicos? El hospital, que tiene un papel tan extenso y tan importante en la vida del pueblo, ese ya lo conocía; le había hecho detenidas visitas durante la enfermedad de Raúl, sin contar los informes que me había proporcionado.

Pero como los Goncourt habían descrito á fondo y de una manera definitiva los hospitales en *Sor Filomena*, no era cosa de hacerlo yo de nuevo, después de haberlo hecho ellos. Por eso apenas he tratado del asunto en algún que otro pasaje.

Lo que sobre todo me sirvió para pintar en la tercera parte de *Jack* la gente del pueblo de los barrios, fueron mis recuerdos del sitio y de la Guardia Nacional, el batallón de obreros, con el cual he recorrido durante cuatro meses París y las afueras, durmiendo sobre los carcomidos maderos de las barracas, so-

bre la paja de los vagones para animales, todo lo cual me ha enseñado á amar el pueblo hasta en sus vicios, hijos de la miseria y de la ignorancia. El Belisario de mi libro—que en realidad se llamaba Offehmer—estaba conmigo en la *sexta* del batallón 89, y me parece estar viéndolo todavía con sus pies grandísimos y disformes, rompiendo la alineación por lo mucho que salían sus botas al frente, y siempre el último de todos, por la interminable calle de Charenton.

El libro de Dionisio Poulot, *Lo sublime*, al cual ha hecho popular después la novela de Zola, me ha prestado también muy buen servicio; me ha proporcionado una porción de expresiones típicas, de ese lenguaje especial en ciertos oficios, así como he encontrado en el *Manual Roret* y en las *Grandes fábricas* de Turgan los pormenores técnicos del interior de los talleres, nuevos para mí. Ahí tenéis el cañamazo de mi novela, la preparación, todo lo lenta posible, pero cuidada y concienzuda, de donde saca el escritor la inventiva, el estilo, el verdadero prestigio de la obra. ¡Y pensar que

hay gentes que le preguntan á uno, á los dos días de publicar un libro: «¿Cuándo vemos la próxima novela? ¡Vamos, perezoso...!»

Los desheredados de la fortuna y el medio en que viven me han costado mucho menos trabajo y menos observación. No he tenido más que mirar atrás, á cuando yo tenía veinticinco años. El Dargenton, aficionado á ejercer de pontífice, existe tal como yo lo he pintado, con su frente desmesurada, sus crisis imaginarias, su egoísmo ciego y feroz de Buda impotente. Ni una de sus *cruelles palabras* es invención: las he tomado de sus labios á medida que de ellos brotaban; y su fe y su genio son tales, que si se ha visto retratado de cuerpo entero en mi libro, solemne, huraño y siniestro como alguacil de pueblo, habrá sonreído desdeñosamente, diciendo: «¡Envidias!...»

De Labassindre se ven diez ejemplares en un café muy conocido del boulevard, que durante el verano es punto de cita de los cómicos sin contrata. Hirsch es un tipo menos vulgar: yo veía diaria-

mente hace veinte años á ese desheredado de la medicina, andando por esas calles como un loco, sucio, desarrapado, con un frasco de amoniaco asomando por el bolsillo del chaleco, rabioso por encontrar alguien á quien matar, á pesar de no tener título.

Tenía siempre entre manos alguna víctima, en la cual estudiaba los efectos de extraños y peligrosos medicamentos; luego, falto de enfermos, se cuidó á sí mismo y murió en el hospital de Burdeos á consecuencia de su medicina.

El mulato Moronval también ha vivido; colaboró en la *Revista Colonial*, y después de 1870 fué diputado por algún tiempo. Cuando lo conocí habitaba una casita con jardín en Batignolles, y vivía á costa de media docena de negritos expedidos desde Taití, mezcla de discípulos y de criados, á quienes les mandaba limpiar las botas é ir á la compra, al mismo tiempo que les explicaba el *Épitome*.

En resumen: he conservado del drama viviente y real el personaje principal, los grandes rasgos de su vida y su dolo-

rosa muerte. La madre, á quien no he conocido, la retrato tal como la he adivinado á través de los relatos de su hijo. También es real y verdadero el excelente doctor Rivals, un héroe, un santo, que desde hace treinta años anda por los caminos que son familiares á Jack y á su novelador.

Por miedo á afligirlo, á ofender su extraordinaria modestia, no me atrevo á dar aquí su nombre: nombre bendecido por todo un pueblo de campesinos, desde hace dos generaciones; que me perdona por haber mezclado en la fábula de mi libro su noble, franca y abierta vida, un drama siniestro con el cual nada tenía que ver (1).

Se me olvidaban otros dos testigos de la gran miseria de Raúl; la mujer del guarda, que todavía vive en la humilde caseta del bosque, donde el pobre muchacho encontró en más de una ocasión un sitio á la lumbre y un plato á la mesa, y la vieja Salé, á la cual he dejado

(1) Hoy ha muerto ya: se llamaba el doctor Rouffy, y su busto puede verse sobre un pedestal en la bonita plaza del pueblo de Dravill.

VER JACOBO DE GUARDIA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
MEXICO, D.F.  
DIRECCION GENERAL DE  
LIBROS, ENCUESTAS Y...

su verdadero nombre, campesina, cara de murciélago, espanto del muchacho abandonado, con la cual soñaba en sus noches de pesadilla en el hospital.

Una de mis debilidades es dejar á veces sus nombres verdaderos á mis modelos, imaginarme que el hombre transformado hace perder algo de su integridad á creaciones que casi siempre son reminiscencias de la vida, fantasmas que me fatigan, que me persiguen, y que sólo se calman cuando los fijo en mi obra con la mayor semejanza posible.

\* \* \*

Hechos todos estos preparativos, con mis personajes en pie, mis capítulos planeados, puse manos á la obra. Empecé en aquel vasto cuarto de trabajo, con dos ventanas muy anchas y muy altas, del palacio Lamoignon. Leed las primeras páginas del capítulo titulado *Jack en familia*, y tendréis el horizonte de casas de obreros, de techumbres de cinc, de altas chimeneas de fábricas consolidadas por robusto cordaje de hierro, las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

cuales veían mis ojos cuando se levantaban del papel, á través de los cristales chorreando y de la bruma de los días de París.

Por la noche, todas las ventanas cerradas se iluminaban en todos los pisos de aquellas elevadas fachadas, y de ellas se destacaban enérgicas siluetas en actitud de estar inclinadas sobre su trabajo á las altas horas de la noche, sobre todo en los días próximos al de Año Nuevo; porque aquel barrio de fabricantes de muñecos y juguetes es el que surte de novedades en esos días las barracas y los escaparates de las tiendas. Pero las mejores páginas fueron escritas también en Champrosay, adonde nos veían llegar las primeras lilas, con ánimo de pasar una temporada de verano, que á veces se prolongaba hasta las primeras nieves.

Las casas de París, aun las mejor guardadas, aun las más cerradas, resultan demasiado abiertas á las distracciones y á lo imprevisto.

Unas veces es el amigo que os hace partícipe de su preocupación ó de su

alegría; el periódico de la mañana que os lleva noticias de sensación; otras es el impertinente incorregible que fuerza la consigná, ó la batahola de la vida en la sociedad, las comidas, los estrenos, á los cuales el observador, el pintor de costumbres no puede ni tiene derecho á sustraerse.

En el campo, el espacio es anchuroso, el aire libre, el tiempo largo, y pudiendo disponer á su antojo de su persona y de sus horas, el escritor tiene la seguridad de esa independencia, la tranquilizadora sensación de que está solo con sus ideas. Es como una borrachera de pensamiento y de trabajo, borrachera que no he sentido nunca tanto como mientras escribí el *Jack*. Aquellos tiempos de loca producción me han dejado recuerdos deliciosos. Antes de amanecer estaba ya instalado delante de mi mesa de madera blanca, á dos pasos de mi cama, en mi cuarto de vestir. Escribía á la luz de un quinqué, junto á una ventana bañada por el rocío, que me recordaba los años de miseria que pasé al principio de mi carrera. Animalejos nocturnos andaban

por el techo arañando las tejas, un buho maullaba, los bueyes daban resoplidos en un establo vecino; y sin mirar el despertador, que repetía su tic-tac eterno, allí mismo, delante de mi pluma; sin levantar los ojos para contemplar las pálidas tintas de la aurora, sabía la hora que era por el canto de los gallos, por el movimiento de una granja vecina, donde se oía ruido de zuecos, las herraduras de las bestias, voces enronquecidas en el fresquillo del amanecer, y cacareo, y piidos, y fuertes sacudimientos de alas. Luego oía en la carretera los pasos soñolientos de los trabajadores que pasaban en bandadas; y un rato después, un grupo de chiquillos que se dirigía á la escuela, que estaba á una legua de allí, y hacían el mismo ruido que una bandada de perdices fugitivas.

Lo que más me excitaba, lo que caldeaba aquella desatentada tarea, es que en el mes de Junio, y mucho antes de que hubiese concluido el libro, el *Moniteur*, de Pablo Dalloz, empezó á publicarlo. Yo tengo la costumbre, que puede parecer en contradicción con mi método

tan lento y concienzudo de trabajo, de entregar á los periódicos los primeros capítulos que concluyo. Gano con eso el verme obligado á separarme de mi obra, sin ceder á ese deseo tiránico de perfección que obliga á los artistas á empezar de nuevo diez veces, veinte, ciento, la misma figura. Y sé que de ese modo se agotan, se consumen estérilmente durante años enteros, trabajando en la misma obra, paralizan sus cualidades reales y llegan á producir lo que yo llamo *literatura de sordo*, cuyas bellezas, cuyas delicadezas no puede comprender nadie más que ellos mismos.

Gano también con esto la costumbre de fustigar mi natural indolencia, esta holgazanería de raza, refractaria á los prolongados esfuerzos de atención, de reflexión, y este doble ser que hay en mí de una horrible facultad analítica y crítica. Una vez en el agua, hay que nadar, y por eso me tiro á ella resueltamente. Pero ¡qué fiebre! ¡cuántas ansiedades y qué miedo á ponerse malo, y qué angustia al sentirse aguijoneado por ese folletín que traga tantas cuartillas!



*Jack* estuvo terminado hacia fines de Octubre. Había tardado cerca de un año en escribirlo; es, con mucho, el más largo y el más rápidamente escrito de todos mis libros. Así es que me dejó una fatiga, de la cual tuve que ir á reponerme con mis dos queridos compañeros de todos los viajes, bajo el saludable sol del Mediterráneo y entre las violetas de Bordighera. Allí tuve días de verdadera convalecencia cerebral con los silencios, las absortas contemplaciones de la naturaleza, ese delicioso aspirar el aire puro y vivificador que siguen á una grave enfermedad.

A mi regreso, *Jack* fué publicado por el editor Dentu, en dos grandes tomos, que no tuvieron el éxito de librería ni la venta que obtuvo *Fromont*. Dos tomos son muy largos y muy caros para nuestras costumbres francesas.

—Demasiado papel, hijo mío, me decía con su bondadosa sonrisa el gran Flaubert, á quien está dedicado el libro.

Me criticaban también el haberme encarnizado demasiado en la descripción de los sufrimientos de aquel pobre már-

tir. Jorge Sand me escribía diciendo que había sentido tan acongojado el corazón después de su lectura, «que había estado tres días sin poder trabajar.»

Y, en efecto: era menester que la emoción fuese muy viva para alterar así las costumbres de aquella trabajadora valerosa é imperturbable.

¡Es verdad! ¡Libro cruel, libro amargo, libro lúgubre! Pero ¿qué es comparado con la *existencia real* que acabo de relatar?

